

Los árboles que pueblan Cheliábinsk

Christian Peña



Fotografías: Svetlana Korshova / Creative commons

UN METEORITO SE IMPACTÓ CONTRA LA TIERRA. Este podría ser el inicio de una historia de Ray Bradbury o la imagen recurrente en las películas de ciencia ficción protagonizadas por Bruce Willis. Sin embargo, no es así. El 15 de febrero de 2013, un meteorito se impactó cerca de la provincia de Cheliábinsk, en Rusia. Su estruendo fue un sonido nunca antes escuchado y, a riesgo de parecer fatalista, creo fielmente que debe existir una música que preceda al fin. Si la muerte moja sus labios antes de sonar su trompeta, entonces, las cosas de la Tierra, del Universo incluso, deben tener su propio sonido, su propia música antes de perecer, su propia poesía. Esto es lo que pienso después de leer *Los árboles que poblarán el Ártico* de Antonio Deltoro, un libro que nos recibe con una despedida: el primer poema del volumen, el que da título al libro, me sugiere las cosas que la Tierra sabe

y que nosotros, inmersos en nuestra rutina, en nuestra cotidiana guerra por habitar un espacio, desconocemos:

Primavera

Me suenan a milagro,
pero en estos cantos
anida otra catástrofe.

¿Qué hacen silbando aquí?

Vienen de abajo,
en dirección contraria
a las barrancas;

¿conquistando la cima?

Su aparición
parece buena señal
para la piel friolenta
y los frutales,
pero algo me dice
que son malas noticias.

Los pájaros de voz más grave
volarán hacia el norte
desplazando, a su vez, cantos nativos.

Los seguirán los árboles
que poblarán el ártico.

Deltoro jamás había escuchado a los pájaros de esta manera (al menos no nos lo había dicho en ninguno de sus libros anteriores) al igual que nosotros jamás habíamos escuchado el sonido de un meteoro. Si continúo hablando sobre el meteoro de Cheliábinsk y comparándolo con este libro de Deltoro es porque ambos son algo que no acabo de entender: inesperadamente estruendosos, desconcertantemente veloces.

No soy un experto para hablar sobre el tema, el meteoro o el libro, pero tengo boca y capacidad de asombro. No soy un experto: los expertos explican, los poetas ilustran. Así, imaginemos el Ártico, aunque sólo lo hayamos visto en fotos o en *Google Earth*: blanquísimo, lleno de témpanos y aire helado, lleno de nieve. Ahora, imaginémoslo plagado de árboles: un bosque en el incendio abrasador de su hielo, tal y como nos sugiere Deltoro. ¿Por qué árboles? Si me lo pregunto como lector atento de la obra de Antonio Deltoro, la respuesta inmediata se encuentra literalmente en muchos poemas de sus libros anteriores; viene a mi memoria un poema de su libro *El quieto* —cuyo otro título posible era “Ser de un sólo pie”— refiriéndose, precisamente, al árbol. El árbol es una constante de la poética *deltoriana*, una referencia a su velocidad, pues los árboles avanzan a una velocidad distinta a la de los animales, un ícono de su obra:

Un árbol

Un árbol ancho
donde no cante el pájaro,
ni las ardillas suban,
ni se esconda inquietud.

Un árbol que vaya ganando calma
como los otros altura y espesor.

Quiero plantar un árbol de silencios
y sentarme a esperar
a que sus frutos caigan.

Y ahora, no aguardemos; ahora comienza la migración, la era del hielo, el momento de arrancar el árbol de raíz. Sin embargo, me pregunto, ¿por qué ahora?, ¿por el calentamiento global?, ¿por el meteorito que cayó

sobre Rusia?, ¿porque el tiempo apremia?, ¿porque sí? Y no, sé que nada hay de azaroso en esto, sé que para que un árbol camine hay que arrancarlo, hay que esperar, tener paciencia, algo constante en la poética de Deltoro; después de que los frutos han caído ahora debemos observar hacia dónde avanza la sombra del follaje. En los anteriores libros del poeta el árbol era lentísimo, mejor dicho, quieto; ahora, el poeta nos dice que ese árbol se mueve, y no sólo da unos cuantos pasos, sino que se desplaza hasta el ártico. Quizás por eso éste sea un libro de redacción veloz, contrario a la lentitud que caracteriza la obra Deltoriana. La poesía de Deltoro en este libro alcanza un doble personaje de fábula, es el día y la luna, la noche y el sol, la tortuga y la liebre. La velocidad es un tema importante en *Los árboles que poblarán el Ártico*, un libro escrito rápidamente. Sin *iPhones* ni *Facebook*, sin *Whats app* o pantallas 3D, Deltoro nos muestra un futuro más terrible, acaso, por suceder justo frente a nuestros ojos, pero más allá de lo que nuestros ojos pueden ver. El futuro está en el ambiente. Los pájaros anuncian las tragedias. Así, San Andrés Totoltepec, el cerro desde donde Deltoro escribe, se convierte en un observatorio desde donde el poeta mira el Universo. El lector de fin de semana es también el astrónomo de ocasión. El poeta encuentra maravilla lo mismo en una panorámica de la ciudad contaminada que un sartén con papas fritas:

Sartén con papas fritas

Es otro, es otro quien se despierta,
no es el mismo que soy, pletórico e idiota,
con un vaso de vino en la mano



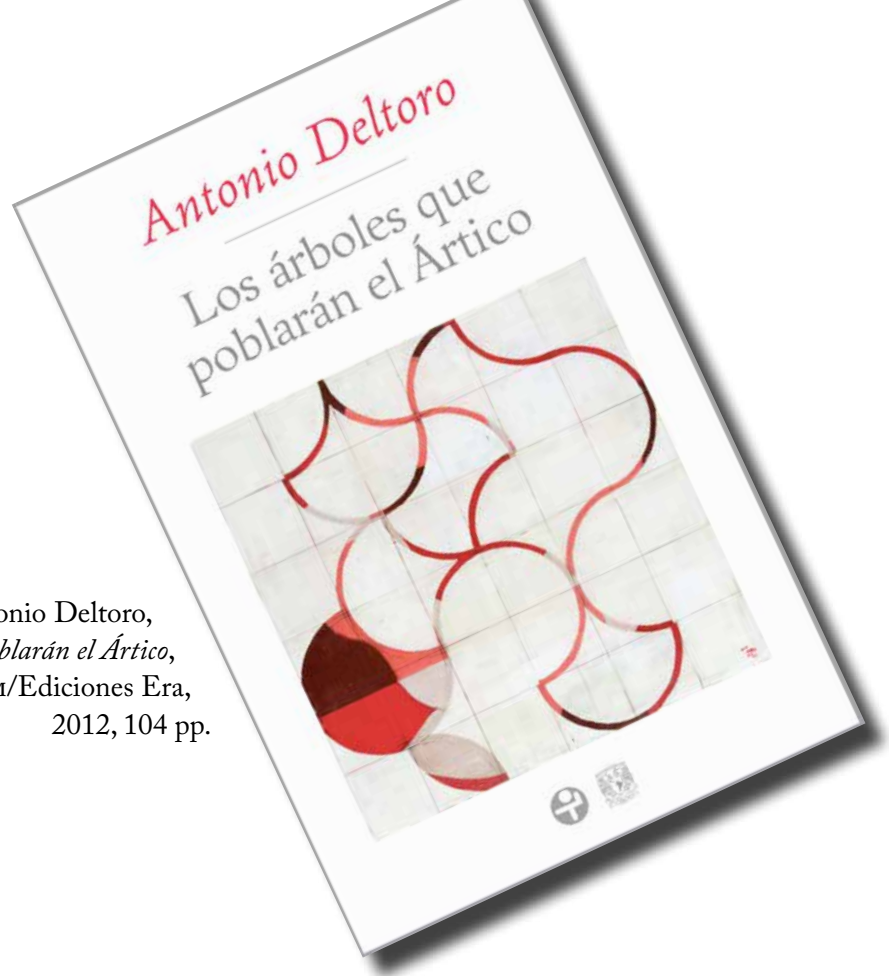
Fotografía: www.apollo.lv

ante un sartén de papas en el fuego;
exaltado, con una lucidez que apunta
a los sentidos y destierra la metafísica.

Las dudas anidarán en las sábanas,
sé que al amanecer, en el insomnio,
me agobiaran con sus pendientes
y esquinas,
pero no me tocarán a mí,
que soy invulnerable,
sino a ese que se levanta
ojeroso y rendido:

un hombre que trabaja
sólo para alcanzar un momento
como éste:
no le seduce ser sobre los otros,
no le interesa ser sobre sí mismo,
todo peso le duele, le avergüenza.

Así, la voz poética cambia conforme las cosas que observa se acomodan. Si antes Deltoro nos habló de sueños, ahora nos cuenta sus pesadillas, y con la maestría de un Alfred Hitchcock, puede convertir un simple cabello en una historia de horror.



Antonio Deltoro,
Los árboles que poblarán el Ártico,
México, UNAM/Ediciones Era,
2012, 104 pp.

Los árboles que poblarán el Ártico abre con suspenso, con una voz nunca antes escuchada en nuestro autor, y sigue con versos delgados, musicales, incluso juguetones, ¿quién puede impedir que se fabriquen muñecos de guerra para jugar a la guerra, sílabas y acentos para hacer poemas o que la lagartija, ya sea lagartija o cuija, tenga el verde necesario para arrancarnos una sonrisa? ¿Quién no querría jugar, de ganas o de nervios, cuando el fin se acerca? En este libro vuelan zopilotes, ¿sobre qué cadáver?; en sus páginas los hombres abandonamos los árboles simiescos para perdernos aún más en el lenguaje; pasamos de contar piojos a contar versos, nos humanizamos y, a la vez, nos distanciamos de la esencia de lo humano. ¿Alguien recuerda la última vez que tuvo piojos?

El lenguaje de Deltoro también se ha desplazado hacia el Ártico, buscando otros aires, pero con la misma inquietud y propensión al asombro. ¿Debo decir que en este libro están los ecos de Machado y Pessoa?, ¿que están también Bonifaz Nuño, López Velarde y esa gran lista de autores que el poeta reunió en la antología *El gallo y la perla. México en la poesía mexicana*? ¿Será necesario recalcar que este es un libro de poemas en español, mejor dicho, en mexicano? *Los árboles que*

poblarán el Ártico lleva el lenguaje de Deltoro al límite, lo desgrana como mazorca, se hunde y ensucia, se recolecta y, si de pronto a algún maíz le sale hongo, también se degusta y se prepara como huitlacoche. Llevo ya varios años oyendo a Antonio, llevo años aprendiendo de cada uno de sus silencios, comprendiendo que, como él señala, el poeta es el guardián del silencio. Por eso me inquieta, por eso me sorprende este libro; nunca antes lo había leído así, así no lo conocía. *Los árboles que poblarán el Ártico* me pasma: ¿un augurio?, ¿una suerte de testamento?, ¿un grito final o la posibilidad de hacer otra voz sobre una voz tan sólida? El pasmo es algo que siempre he celebrado en los poemas de Deltoro. Sin embargo, como de él nunca se deja de aprender, ahora entiendo que el pasmo tiene un grado mayor, el asombro; y uno aún más grande: la extrañeza. Eso sucede en este libro: es extraño. Cheliábinsk está en Rusia y en Rusia está parte del Ártico. Hace unos días un meteorito se impactó en ese suelo. Habrá que visitar esas partes, conocer esos árboles. Los árboles de los que habla Deltoro ya existen, están en Cheliábinsk, pueblan el Ártico. Quizás los pájaros que canten allí no tengan alas. No lo sé. Finalmente, ahora creo que todo es posible. ■